

# TRABAJOS DE MARGOT PERDIDOS

Reinaldo Rodríguez Ospina

Margot

Comenzamos a delinearla en las conversaciones del parque, como para que ella se fijara en un espejo, verdadero o ficticio, pero que ciertas imágenes le devolvieran algo: una historia de final feliz.

Hacía tiempo la sentíamos acariciar un amor por “un hombre distinto a todos”, a quien ni siquiera conocía, y que tampoco existía en ese momento y lugar, pero cuya presencia imaginaba merodeando en su futuro inmediato y en un entorno diferente al suyo, algunas veces con los labios pintados de risa, otras con los ojos cubiertos de luces.

Ella acostumbraba a contarnos algunas de sus cosas recitando términos que nos había oído utilizar. A veces las acompañaba con risotadas y exageraciones histriónicas como tratando de sacarnos de quicio, lo que constituía un motivo para tratar de enlazar sus miles de partículas vivenciales aprendidas de esas noches de sudor y de folklore andino, de sudor y de rock, o de cualquier otro sudor que pudiera oírse, olerse, beberse.

Entonces ofició aquella vez Carlitos Romero dando comienzo a una de sus homilias de neón y de sonrisa perenne:

—Eres el retrato viviente de María Schneider, la misma de *El último tango* en París, su misma textura de cabello, aunque un poco más claro; fuera de eso te llamas Margot. Desarrollaste tu método para trabajar y manejar tus pequeñas finanzas que te ha dado resultado, y por eso no tienes que pedirle prestado a nadie, ni tampoco permites expre-

siones soeces de alguien que se las quiera tirar de falso humorista picante en un momento dado, aunque tú te tomes la libertad de escupirlas con ese goce delicioso tuyo. Te vendes unos veinte o veinticinco *chances* cada tarde, pero a veces suspendes la faena en diez o doce, como cuando encuentras de vez en cuando un tipo “muy especial” que te enamora al compás de baladas que te interpreta a media voz casi mordiéndote el oído, y te promete una noche de discoteca recién inaugurada.

Entonces notábamos su ausencia en el parque, y después, desde la heladería *El Balcón*, la veíamos abordar más tarde un taxi con ese galán distinto y una minifalda de un fucsia muy suave coronado con pintas de bolas negras y los labios retocados con fino labial, y ella toda inocente, no se daba cuenta que mientras la observábamos, nos tomábamos unos aguardientes en su nombre, brindando con la esperanza de que tal vez en ese momento, pudiera estar acompañada de su hombre soñado, dándonos así motivos para una nueva evaluación de su existencia.

Volvíamos entonces a obsesionarnos con sembrar en ella unas cuantas maravillas del mundo para que las apreciara con esos abismales ojos negros, y que sus tímpanos fueran invadidos por agresivos compases de *Salsa*, o de algún estribillo *Vallenato* clásico para que la hicieran olvidar la declaración de mal agüero de una limosnera que le

insinuó que una vez tuvo las piernas tan lozanas y hermosas como las suyas.

O como aquella tarde cuando Miguel Builes, con su inseparable mochila portadora de curiosos bosquejos y manuscritos secretos, tuvo la ocurrencia de decirle en la cafetería de Lola Padilla:

—Toda esa cantidad de términos indefinidos que tú escuchas en la calle no se identifican de ninguna manera con la voz de tu alma; son sólo un montón de jergas en un proceso tan rápido y feroz de formación y desaparición que nunca nadie alcanzará a clasificarlas. Por eso, tú también tienes derecho a crear la tuya propia, y darla a conocer si es que se te da la gana.

Pero ella, con cierta ironía innata que desembocaba en una sonrisa ligeramente amarilla por el Marlboro, nos dijo en esa ocasión:

—Muchachos, creo que están tratando de burlarse de mí.

Y nos dio pie para estudiar el sentido de esa declaración, mientras con su talonario de boletas de *chance* se dedicaba al oficio de conjuradora de «números claves» para esa noche, insistiendo en que se inspirada en las corazonadas de los sueños de la noche anterior.

Aprovechamos entonces para invitarla a que se tomara los guaros de rigor con nosotros, y al final ella cansada de revisar las cifras ganadoras de los días y semanas anteriores, declaró en tono de frustración:

—Hoy sí que no va a salir nada bueno. ¡Qué pesar de toda esa gente que pude haber aconsejado mal! ¡Brindo por ustedes y por ellos!

La vimos gesticular su nueva declaración como la pequeña maravilla de esa tarde moribunda que se apoderaba de los árboles del parque con sus habitantes transitorios, para luego sacar de su estuche transparente de cosméticos un pintalabios rojo con el que repasó magistralmente la superficie de sus labios carnosos que parecían dos cascos de naranja nacarados a punto de reventar. Reacomodó entonces su pequeño estuche, sus perfumitos multiformes llenos de colores que mágicamente se convertirían en un complejo mosaico de su cándida superchería, para rematar diciendo:

—¡Yo sé que soy una loca con los números, pero ustedes con esa verbosidad extraña y esa manera de decir las cosas, están más locos que yo!

Cómo disfrutábamos de verla reaccionar como una pitonisa en reposo, de tomarse dos o tres aguardientes más con nosotros y no verla marcharse indiferente con sus disculpas

de trabajo y de asuntos numéricos; que por el momento, no hablara más de los resultados de las loterías de Cundinamarca, Cúcuta o Libertador.

## El Demonio

Cuando el Demonio cerró la puerta por el cuerpo de Margot recorrió el frío. Fue un frío que marcó la última vez que se sintió dueña de su incompleta pero dulce felicidad.

Cómo iba a adivinar ella que su tía Blanca, hospitalizada por una operación menor, aún no había regresado a su casa, y que al hacerle una visita con la intención de animarla se llevaría la desagradable sorpresa de encontrarse a solas con su primo Robespier, quien fue bautizado así por escogencia de su padre, ya que por aquellos días leyó en algún periódico una breve reseña de este actor de la Revolución Francesa, y se le ocurrió aclimatar este apellido como un nombre para que su hijo lo llevara con orgullo. En el parque sólo se le conocía como el Demonio, por la textura de su cabello desordenado y oleaginoso por el desaseo, por su pasado en dudas y su presencia inquietante.

Si hubiéramos adivinado ese encuentro frontal con el Demonio, tal vez hubiésemos interpretado más acertadamente todos sus merodeos ansiosos por los alrededores, y hasta hubiéramos podido neutralizar sus iniciativas, sobre todo cuando le echaba miradas desorbitadas a las niñas de catorce, a los muchachos púberes. También notábamos que con su mirada vidriosa, desestabilizaba en medio de una ejecución a cuanto músico del parque se encontraba serenando algún encuentro amoroso.

Y es que la sola sonrisa de mueca siniestra de su primo hizo a Margot encomendarse a todos los santos para que el sonido de la chapa, al cerrarla él con llave, fuera sólo una falsa alarma de cautiverio. Ella lanzaba su mano disimuladamente intentando abrir la puerta, y él de una manera brusca comenzó a empujarla hacia el interior de la casa. Se mintió entonces diciéndose que a lo mejor lo que buscaba por resentimiento acumulado, era besarla en contra de su voluntad y hacerla pasar un mal rato y eso bastaría, porque ella era consciente de que en el parque se le consideraba divina, sobre todo cuando abordaba a los hombres en las heladerías para que se dejaran aconsejar y le compraran una sola boleta con pálpito de ganadora, pero en realidad a ellos no les importaba ganar o perder, sino hacer de Margot su máxima creación erótica jugándole tres o cuatro combinaciones en vez de una, lo que les daba derecho a unos minutos más de goce visual, de conversación erótica y de falsas ilusiones.

Claro que Robespier la estaba atacando de una manera fuera de lo común a la de algún muchacho cuando se pasaba de tragos en cualquier taberna: a ése lo empujaba, lo taconeaba, o con un simple ataque de histeria, lograba la ayuda de aquel amigo oportuno que lo hacía desalojar el establecimiento.

Pero en menos de lo que ella se imaginara, el Demonio sacó un pañuelo bordado con sus iniciales y la amordazó; le mostró en tono amenazante un pequeño revólver, por el que Margot se preguntaría si en realidad la quería matar. Sin embargo, la idea de la muerte no la aterrorizaba tanto como el suceso en sí. Yo mismo le había gritado en un par de ocasiones:

—¡Antes de nacer, la muerte no te dolía!

Pero entonces se preguntaba: ¿Qué carajo podría tener contra ella, si sólo se habían visto unas cuantas veces en la vida y no recordaba nunca haberse enfrascado en un solo problema con él?

Después comenzó aquel rito macabro del solar, del cual nos enteramos por la versión de una muchacha del servicio de la casa de atrás, en cuyo patio se hallaba trepada en una escalera robando frutas de un árbol de otro solar aldeaño:

—A esta niña la noté como desorientada y aturdida, y él la golpeaba sin descanso. Después la amarró a un limonero. Ella le suplicaba que no le hiciera lo que ya sabía que le iba a hacer. Yo no podía hacer nada en ese momento, sólo mirar aterrorizada lo que estaba pasando.

Nos imaginamos ahora cómo el Demonio aprovechando esta sórdida oportunidad, encendió con seguridad malévolamente una hoguera que alimentaba con cada prenda de la que despojaba a Margot, y en la que se irían desvaneciendo en humos de distintas configuraciones, su faldita comprada a plazos, la blusa de seda marca *Bentley* que le regaló una amiga suya, y sus calzoncitos que se consumieron más rápido que lo anterior.

## Melisa

Se había tomado una segunda naranjada fría tratando de calmar su sed de forastera producida por el intenso calor de aquella tarde. De su frente brotaban unas diminutas gotas de sudor que contribuían a darle un cierto aire ingenuo que, por una extraña razón, nos producía ansias de adentrarnos en ella, y tal vez por ese motivo descubrimos un mimetismo

natural con Margot.

Escuchaba divertida mis relatos de cómo ciertos pequeños grupos de vagos inoficiosos jugaban esa misma tarde a tirarle sobras de comida a las vitrinas de los negocios aledaños al parque, con el solo propósito de ver los vidrios immaculados sucumbir ante su humor irreverente. Después comenzó a desviarse de mis historias para darle más importancia a una suculenta ensalada de frutas cuyos pedacitos reventaba con mordiscos obsesivos.

Luego, al descubrir en ella una apertura luminosa y cálida en su sonrisa, pedimos una botella de nuestro manjar etílico favorito, y sin que ella lo sospechara, le dimos comienzo al rito de su iniciación. A nosotros nos complacía que de nuevo oficiara Carlitos Romero, esta vez con una sonrisa a punto de terminarse:

—Te vendes una buena cantidad de *chances* cada tarde, y ya sabemos que te encanta rodearte de amigos mecánicos, y aunque tienes cierto aire a Margot, te llamas Melisa. No sabemos qué método tendrás para trabajar pero parece haberte dado resultado.

Y continuamos con la ceremonia ya concelebrada, hablándole de Margot y relatándole cómo ella había vuelto a trashumar en los detalles de la vida del parque, y por qué no podíamos dejar de sufrir con esas imágenes del fracaso de su fórmula de salvación cuando el Demonio volatilizó la última de sus prendas íntimas y terminó por atropellar también cada célula de su piel, edulcorada por el trajín del día y por el amontonamiento de luces prematuras de la tarde del parque, que dejarían en su cuerpo huellas imborrables y el alma viviendo en el canto de las sombras.

Y es que los malditos maliciosos les relataron a los ignorantes de los hechos el cuento burdo de la vendedora de *chances* a la que, “por rebuscadora de fortuna, el Demonio enloqueció para cobrar sus honorarios.”

Es que precisamente en este momento, como todos los días, se acerca a nosotros sin reconocernos y a pedirnos una limosna por amor a Dios, y nosotros se la extendemos por amor a ella, que al retirarse nos repite invariablemente con una ausencia total del ímpetu de lucha que la caracterizaba:

—Gracias muchachos, ustedes sí saben lo que es miseria.

Fue entonces cuando descubrimos una Melisa de mirada atónita, como si le estuviésemos inventando una historia. Pero la tranquilizamos diciéndole que simplemente estábamos

ideando una estratagema para destruir al Demonio, y que de ella sólo necesitábamos la mitad de su mirada inquieta, la mitad de sus piernas linealmente suaves y la mitad de sus senos imaginariamente azules, para recuperar en Margot, al menos, su mitad alegre e impetuosa, y exorcizar su mitad frágil y triste.

Y mientras Melisa dejaba de lado los últimos pedazos de fruta, perdida la fascinación inicial, Miguel Builes sacó de su mochila una hoja en blanco y un carboncillo, y comenzó a delinearla; a delinear una Melisa de aspecto vibrante, como para que se fijara en un espejo.